

CULTURA EN

nº59 (noviembre)

Cas Santa Mònica

www.culturadabase.net



en el que todos podamos reconocer referentes similares y objetivos comunes.

Lo que ha ocurrido en el Centre d'Art Santa Mònica (CASM en adelante) –la súbita decisión del Conseller de Cultura de la Generalitat, Sr. Tresserras para convertirlo en un “Centre de Cultura, Comunicació i Ciència”, o, como se define en la propia Conselleria, un “centre d’interpretació nacional”- es necesario apreciarlo desde una perspectiva amplia. El cierre del CASM supone verdaderamente la “línea roja” a la que nos enfrenta una política artística errática, personalista, inconexa y decididamente volcada a crear un valor promocional de cultura completamente ajeno a los valores que guían a las y los productor@s locales de Catalunya.

Barcelona como capital cultural

Visto en perspectiva, el actual capítulo y la serie de conflictos que en estos momentos nos preocupan, muestran una vez más el divorcio entre las políticas que conducen la ciudad y las demandas sociales que de ella emergen. En un distanciamiento nada fortuito entre discurso público y práctica, vemos cómo las políticas participativas acaban funcionando como una fórmula para legitimar actos que están muy lejos de responder a las necesidades sociales o a los consensos establecidos por los agentes de los diferentes sectores.

Barcelona se ha constituido como un atractivo turístico a nivel internacional por sus altos ratios de “dinámica cultural”, “cohesión social”, “interculturalidad”, “potencialidad como contexto de inversión”, etc. en rankings europeos de capitalidad cultural y de valor de marca, pero dista mucho de ser un contexto tan utópico para aquellos y aquellas que la habitamos.

Nos encontramos pues con una gran paradoja, que podríamos extender a muchos otros contextos, y que podríamos resumir así: los significantes que con mayor vehemencia proyecta la ciudad para ser reconocida como un contexto atractivo son a su vez epicentro de las mayores disputas y problemáticas que se dan en su interior. Esta jugada de inversión de los términos, donde los problemas se convierten en valor añadido, viene conducida por estrategias

¿Cómo hemos llegado hasta aquí...?

Durante los últimos años es fácilmente constatable que se está produciendo un cambio de paradigma en la política cultural catalana y en las relaciones que esa política tiene con los diversos agentes sociales y productores culturales del país. El asentamiento del MACBA como único referente de la infraestructura artística pública; el sinuoso y malogrado proceso iniciado desde 2003 a fin de constituir un Consell de les Arts que establezca un marco consensuado y profesional de planificación cultural; el nuevo marco jurídico emprendido por la Generalitat con el objetivo de enlazar sus estrategias sobre centros artísticos y de producción con las administraciones locales; el impulso a una red de centros territoriales que no viene acompañada ni por presupuestos ni por una planificación ordenada; el cierre de numerosos centros privados de arte; un cierto auge del mercado galerístico; el abandono de programas culturales de apoyo y promoción al arte contemporáneo por parte de entidades tradicionalmente importantes en el sector, como es el caso de la Fundació “la Caixa” o de la Fundació Miró; la minusvalía financiera a la que están sometidos centros

públicos como La Capella; y la patrimonialización del discurso cultural en clave identitaria y partidista, bien a través de costosas políticas de promoción internacional (Guadalajara, Frankfurt, Guanajuato, etc.) son todos ellos eslabones que componen el entramado de una situación que es necesario observar con distancia y cautela.

Es evidente que el mercado cultural se está transformando y que las dinámicas arriba citadas hay que percibir las desde esta perspectiva. Hay que reflexionar sobre el fin de la quimera de una cultura que “crea ciudadanía”; tenemos que replantearnos el papel que ha jugado un arte endogámico cuyos imaginarios no encuentran espejos entre los ciudadanos; hay que pensar en las nuevas relaciones entre industrias culturales, turísticas y su impacto en la economía general; se hace perentorio analizar la necesidad de una apuesta por las políticas productivas frente a las meramente promocionales y los objetivos que con ello se pueden conseguir. Sin embargo, para empezar a reflexionar hay que adoptar un punto de partida común, un suelo



de mercadotecnia que ponen en valor situaciones conflictivas a través de campañas, eslóganes e iconos que convierten en exótico lo que otrora fue agónico. La clase política ha dado la espalda al tejido social y cultural que constituye la ciudad pero sin olvidar, eso sí, el gran activo latente en las dinámicas que esas redes producen y que puede ser explotado para generar valor de marca y revitalizar mercados.

La apuesta firme de convertir Barcelona en una capital cultural de referencia y poder así formar parte de un mercado global de ciudades que pasara página definitiva a su pasado industrial encuentra su punto de inflexión en un macroproyecto que topó con cierta euforia social, las olimpiadas del 92. Este proceso de construcción de marca que empieza a cambiar su escala de prioridades, construyendo una ciudad más visitable que vivible, se inicia aproximadamente en 1986 a través de los primeros planes estratégicos que ya tomaban la cultura y la puesta en valor del patrimonio como uno de los engrases clave para dar una nueva imagen externa a la ciudad. Los juegos olímpicos no fueron más que el culmen de un plan a largo plazo cuyas pautas ya venían predefinidas muchos años antes. Esa serie de directrices y objetivos, designado de forma laudatoria por algunos autores como "modelo Barcelona" se ha ido revelando en estos últimos años como una catapulta para lanzar grandes macro eventos culturales que en el fondo están pensados para estrategias de regeneración urbana y de recalificación de la ciudad sin medición alguna del impacto social que provocan.

Cabe entender aquí el valor que la cultura toma como catalizador directo de este proceso y a la vez como recurso para intentar paliar una posible percepción social negativa de dichas gestiones. Tan sólo echando un vistazo a los planes estratégicos metropolitanos que se han ido elaborando por el Institut de Cultura de l'Ajuntament de Barcelona durante los últimos años, podremos encontrar cómo se utiliza la cultura para esponjar cuestiones como la educación, el urbanismo, el patrimonio, políticas laborales, etc.

Afortunadamente, la desconfianza en dicho modelo político y una respuesta social mayoritariamente en contra, se reveló en el Fórum de las culturas del 2004, la última apuesta que no encontró ni el clamor popular que buscaba ni las transacciones económicas esperadas. Pese a este cambio en la concienciación social respecto a la verdadera dimensión de proyectos como el Fórum, es importante asumir la última vuelta de tuerca con la que nos enfrentamos al habitar una ciudad convertida en un gran producto cultural que tematiza cualquiera de las pulsiones sociales, culturales o políticas que en ella acontecen. La marca Barcelona puede nutrirse y regenerarse a través de aquello que busca ponerlo en crisis. La marca engulle incluso muestras de disidencia y actitudes discordantes como forma de proyectar su "diversidad y riqueza cultural", descafeinando cuando no anulando la capacidad reactiva y el posicionamiento político de éstas. Claro ejemplo fue el propio Fórum donde incluso las plataformas anti-fórum o discursos enfrentados a los procesos de regeneración urbana y turistización, fueron introducidos como parte integrante del programa engrosando el capital simbólico de una marca cada vez más abstracta pero, por lo visto, tan fascinante y desacomplejada.

Como vemos, dichos planes estratégicos toman la cultura como vértebra esencial de todos los procesos que fomentan, pero ni por un momento titubean en decapitar proyectos culturales que desafíen las lógicas tardocapitalistas en las que se asientan. Un ejemplo de catálogo, sería la criminalización de los espacios creativos en Poblenou alojados en antiguas fábricas en desuso que en su mayoría han sido desalojados puesto que no se adaptaban al plan 22@, una historia ya pasada que tuvo su momento de impacto en los medios y que sin duda no formará parte de los futuros circuitos turísticos que narren la historia del barrio. En ese mismo sentido, no es una novedad decir que las diferentes formas de relatar la ciudad y sus múltiples realidades históricas han sido unificadas en un discurso oficial generando relatos y rutas digeribles para el mercado turístico. Una vez más, la cultura se utiliza como un recurso fácil para generar consenso, que a su vez, ayuda a crear y modernizar los elementos e iconos que acaban configurando la percepción actual de nuestra ciudad a costa de rediseñar su pasado.

CULTURA EN CRISI SUBHASTEM EL CENTRE D'ART SANTA MONICA



El proper divendres a les 20.30h (La Rambla, 7)
el conseller de cultura i mitjans de comunicació

Joan Manuel Tresserras
subhastarà el Centre d'Art Santa Mònica
en el que promet ser un exercici de política
participativa sense precedents. No hi falteu!

(porteu efectiu, el pagament és en metàlic.

Tal i com està la cosa, el Conseller no vol sentir pagaments a crèdit)

[CdB]
www.culturadabase.net

sense
cultura

som-hi
...a la merda!

EL CASM

El Centre d'Art Santa Mònica fue creado en 1988. Sus programas han respondido continuamente a la necesidad de tapar parches, dada la escasa articulación de una política artística completa en el territorio catalán.

Durante las legislaturas de CiU, la dirección de Josep-Miquel Garcia que asumía tanto la dirección de la Delegació d'Arts Plàstiques de

la Conselleria de Cultura como la dirección comisarial del CASM, representó un nuevo reflejo de la tendencia tradicional de la política artística española por la que los dirigentes de la política cultural han sido, a su vez, responsables de los contenidos de los programas, situación que también se daba en el Ministerio de Cultura, en la línea iniciada durante los años 50. Esa comunión entre política cultural y comisariado se deshizo a partir de 2003, con la llegada del Govern "tripartit" a la Generalitat, al confirmar como director del CASM a Ferran Barenblit (nombrado en 2002 por CiU) y designar a Josep Parera (durante un tiempo breve) como nuevo Delegat d'Arts Visuals.

[CdB]
www.culturadabase.net



Desde 2003, la programación que preside el CASM no parece que haya superado algunos de los lastres formalistas que han marcado el centro desde sus inicios, aunque haya algunos esfuerzos por reconducir la situación. Sin embargo, ese necesitado divorcio no vino acompañado de un sereno debate estratégico ni por parte de la Generalitat ni tampoco del lado de la comunidad artística, naturalmente poco dispuesta a perder espacios de exposición en una ciudad con una gran hiperinflación cultural pero con pocos equipamientos para mostrar arte contemporáneo, sobre todo de carácter local. Ferran Barenblit fue nombrado por el último gobierno de CiU como una figura provisional a la espera de formalizar una visión más concreta de lo que el centro debía ser. No obstante, el cambio

político en el Govern no condujo a ninguna reflexión a fondo del futuro del CASM, permitiendo que ese estado de "provisionalidad" continuara, liado como estaba el Departament en otras cuestiones como la promoción exterior, el Consell de les Arts, el Fòrum, etc..

Saturno, de nuevo

El proceso en el que parece estar inmersa la Conselleria de Cultura y Comunicación, y que puede extraerse de las propias palabras de su representante en diversos momentos, lugares y medios (para ello basta pasearse un rato por las hemerotecas y videotecas di-

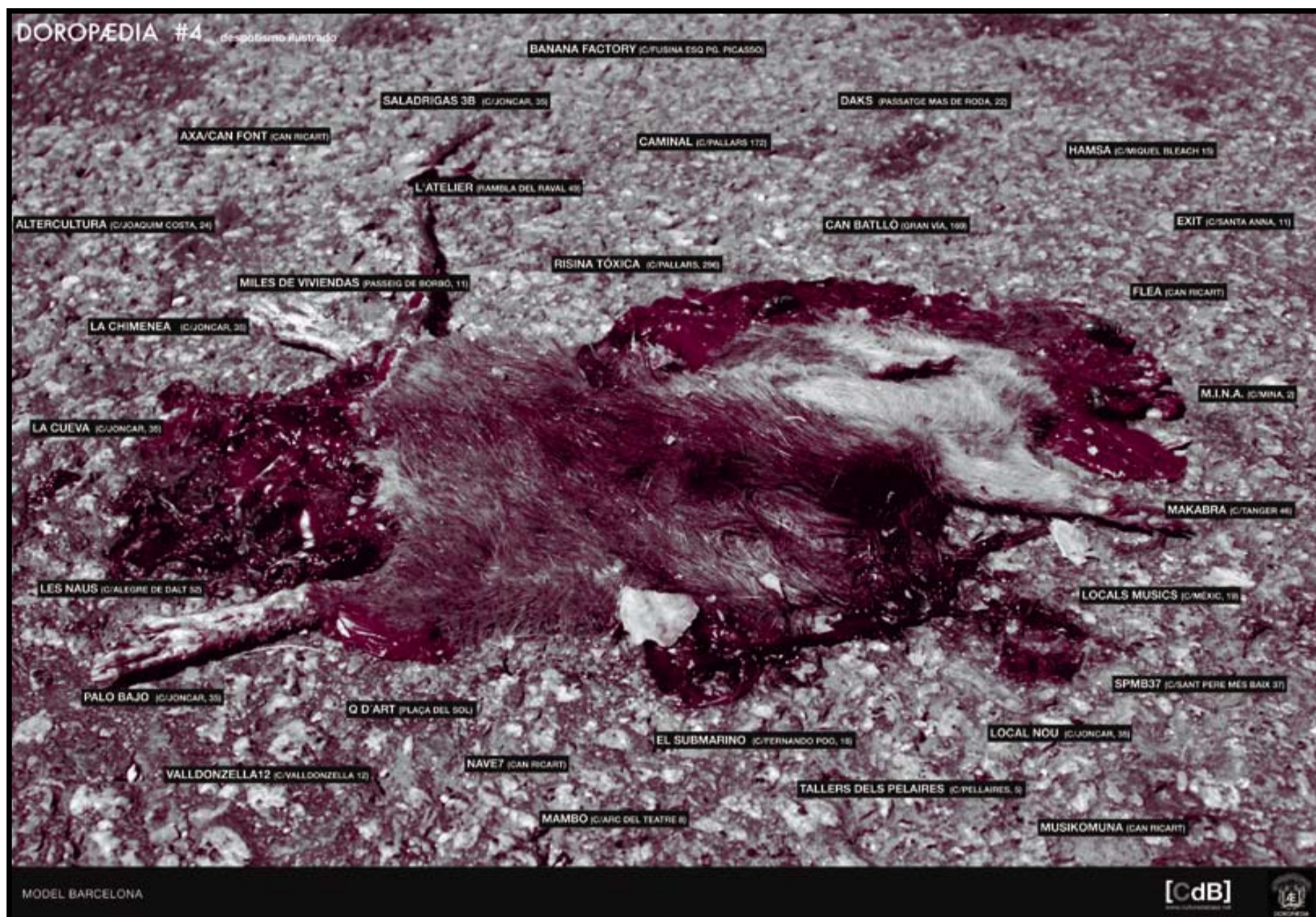
gitalas disponibles), persigue la creación de un nuevo estereotipo cultural nacional, en un momento en que parece oportuno reinventar casi todo, "redefinir los sujetos colectivos", proyectando, de nuevo bajo la sombra de la marca, una imagen de modernidad y de solidez, contra viento y marea. Esta redefinición estratégica de lo que se ha dado en llamar capital social y cultural del territorio en pos de la generación de un sentido de "comunidad nacional" se ha evidenciado con el episodio del Centre d'Art Santa Mònica, en el



que, en primer lugar, la voluntad política impone una idea de cuerpo social como un valor en sí mismo, exento de toda reflexión acerca de los propósitos o de los factores de ese sentir comunitario; y, en segundo lugar, donde se toma una decisión de gobierno en la que se prescinde ya no de una realidad ciudadana atomizada, sino también de la complicidad largamente aparentada con los interlocutores profesionales del sector cultural, embarcándonos en un proceso de identidad 'a la fuerza'.

Así, lo que multitud de colectivos de creadores y creadoras, de proyectos independientes, de asociaciones culturales de toda índole, con proyectos de real incidencia en la estructura social y urbana, se prometían al inicio de una legislatura tintada de pretendida participación, y con unas vinculaciones históricas ligadas a cierta sensibilidad por la acción cultural de base, parece haber sucumbido también al modelo Barcelona. De nuevo, como tantas veces en la historia reciente de la ciudad, Saturno campa engullendo cualquier distorsión cultural con procesos de falso empoderamiento, al final de los cuales sólo aparecen el capricho de un político y el espejismo del logo. Y cuando parecía que por fin nos habíamos deshecho de la arraigada concepción clasista y jerárquica del discurso nacionalista conservador, nos alejábamos de la iconización de los equipamientos culturales que devoran presupuestariamente al resto del tejido productivo, y finalmente se establecían canales abiertos de corresponsabilidad, esta 'democracia simbólica' se desvanece, ocultando y abandonando la visibilidad pública de los procesos creativos más experimentales y frágiles y, naturalmente, de los actores que están detrás de ellos.

Y es aquí donde se enciende el actual nivel de conflictividad en el sector creativo, un enfrentamiento en el que se dirime no tanto la bondad o adecuación de un proyecto determinado -ya nos gustaría poder llegar a ese tramo de la reflexión-, ni su mejor o peor fortuna, sino el maltrato a las formas costosamente pactadas entre los profesionales del sector y las administraciones en lo que refiere a la representación, la participación y la confianza. A un sector endémicamente precario, que sin embargo sirve de alimento al valor diferencial y simbólico del territorio, ya no se le puede reducir a la dicotomía entre la resistencia o la dominación, puesto que se trata de los actores que supuestamente han de dotar de contenidos al discurso social y cultural y a las economías que derivan de la capacidad de crear conocimiento. La apelada ciudadanía que se supone se deriva de la cultura ya no puede entenderse tan sólo como un catálogo de derechos, sino como una exigencia de mecanismos de pertenencia y como la capacidad de interlocución en lo que respecta a la 'res pública'.



Cultura de Base, un punto de encuentro y de (re)acción

En este contexto aparece Cultura de Base (CdB), como reacción a esta deriva, claramente insostenible. Esta es una iniciativa que se enciende con la chispa del intervencionismo político desde el que se ha decidido el cambio de orientación del Centre d'Art Santa Mònica, pero que, como hemos visto anteriormente, recoge la necesidad de plantear otros marcos de discusión y actuación frente a lo que pensamos que es un generalizado panorama político hostil para la producción cultural, tanto en el ámbito local de Barcelona como en el contexto de Catalunya. CdB no pretende deslegitimar el papel de las entidades que desde distintos ámbitos profesionales defienden o representan a los diversos colectivos de trabajadoras y trabajadores culturales adscritos a cada sector, pero entiende que la situación demanda de nuevos paradigmas de análisis del problema que posibiliten otras perspectivas de reflexión y acción ante políticas que afectan transversalmente distintos sectores de la producción cultural y del desarrollo social y político del territorio. En este sentido, los objetivos principales de CdB son los de posibilitar espacios de encuentro que propicien estas reflexiones, en relación a los diferentes conflictos abiertos, a partir de los cuales promover acciones y campañas que visualicen estas situaciones y establezcan actuaciones concretas de presión, con el fin de lograr un cambio de rumbo en los planes políticos que afectan a la producción cultural.

Cultura de Base toma como punto de partida la experiencia de "Un Puto Encuentro" (marzo del 2007) en el que una serie de colectivos y agentes culturales de la ciudad nos reunimos para compartir visiones y problemas sobre el modelo Barcelona y el tipo de políticas

que se estaban practicando en el ámbito local. Como en aquella ocasión, la iniciativa CdB se basa en el trabajo en red, la participación de personas provenientes de diversos ámbitos de la cultura, y la intención de detectar los conflictos y aspectos comunes que afectan a los distintos sectores. De esta forma entendemos que no tiene sentido establecernos según modelos de organizaciones cerradas (asociaciones, federaciones, etc.), sino más bien desde la construcción de estructuras semejantes a las herramientas de código abierto, con las que, a partir de la implicación personal y las necesidades concretas, se organiza un trabajo de suma de aportaciones que define la propia esencia de la plataforma en cada ocasión, teniendo en cuenta el contexto cultural intrínsecamente cambiante en el que desarrollamos nuestra actividad. Dada la propia esencia contingente de la plataforma Cultura de Base, no pretendemos erigirnos como interlocutores definidos en ninguna negociación concreta, sino propiciar y generar situaciones, acciones y reflexiones que fuercen a una resolución adecuada de los conflictos, exigiendo que se considere y se tome como punto de partida las necesidades y las opiniones del amplio tejido de la producción cultural.

Desde estos planteamientos, Cultura de Base está desarrollando actualmente la campaña CasSantaMònica, en la que se llevan a cabo distintas acciones (más información en: <http://www.culturadabase.net/cassm>, donde hay también un documento de adhesiones a nuestras reivindicaciones que cuenta ya con un amplio apoyo de los distintos sectores culturales). La decisión impuesta por el Conseller Tresserras, acerca del cambio de dirección y de funciones del centro de arte, prevé su cierre a principios de enero. Tras este cierre, y después del estratégico intermezzo de una nueva remodelación arquitectónica del edificio con la que tal vez esperan que se calmen las aguas, la Conselleria buscará poner en marcha la andadura de su nuevo proyecto, el cual se ha planteado

de espaldas a los trabajadores culturales, sin convocar concurso público para seleccionar a los responsables de su gestión, y con una completa falta de transparencia en sus verdaderas intenciones y objetivos. Los plazos de los que disponemos para llevar a cabo acciones colectivas que fuercen a una rectificación están pues bien definidos.

Lo que está en juego no es únicamente la defensa de un determinado espacio artístico situado al final de las Ramblas, cuya liquidación se sumaría al cierre de muchos otros espacios culturales durante los últimos años. La lucha actual es también la de recordar a nuestros gobernantes que el carácter público de un centro dedicado a la cultura significa que pertenece en última instancia a la propia cultura y a quienes trabajan en ella. Y que la precariedad estructural que sufren los trabajadores y trabajadoras culturales de nuestro contexto viene derivada en gran medida por la reiterada irresponsabilidad y menosprecio con los que las distintas administraciones vienen tratando a la cultura de base.

[CdB]

////////////////////
<http://www.culturadabase.net>
 Adhesiones CasSantaMònica:
<http://www.culturadabase.net/cassm>
 //////////////////////////////////////